ceptos tan multiplicados, tan rígidos, tan variados, se reconcentran todos en el amor, como lo espresó S. Agustin por estas palabras eminentemente cristianas: "*Ama....* y haz en seguida todo lo que "quieras," *ama et fac quod vis*, palabras que son como el eco de aquellas otras palabras adorables del Salvador hablando de la penitente: "Muchos peca-"dos le han sido perdonados, porque amó mucho." Todo el cristianismo está representado en este cuadro eternamente admirable de la Magdalena, cubriendo con sus cabellos y bañando con sus lágrimas los piés del Salvador, que la defiende contra la soberbia crueldad del fariseo, y derramando, para consagrarlo á su culto, aquel vaso de alabastro, instrumento destinado á la vanidad.

Ved ahí como el amor, por el que quiere el cristianismo separar al hombre de todos los amores, está en justa proporcion con su designio; pero ¿de qué manera quiere que amemos su objeto? Vedlo en estas palabras: *Amarás á tu Dios* CON TODO TU CORAZON, CON TODA TU ALMA *y* CON TODAS TUS POTENCIAS, *y á tu prójimo* COMO A TI MISMO: espresiones admirables, medida perfecta de un amor que debe subordinar á sí todos los amores.

Sin embargo, no basta prescribir el amor; es preciso ademas saber inspirarlo. La voluntad, por mas que hagamos, necesita de atractivos.—Aquí es donde la doctrina de la cruz desenvuelve toda su fuerza.

La manifestacion de la bondad de Dios esparcida sobre toda la naturaleza, y la dulce voz de la conciencia, eran impotentes para desvanecer el tumulto que los objetos sensibles forman en el corazon del hombre, y sus intimaciones tampoco eran bastante enérgicas para resistir los ataques de la concupiscencia y ocuparlo esclusivamente. Para poner término al gran divorcio, producido por el pecado entre Dios y el hombre, debia el mismo Dios anticiparse, y pretendiendo el amor y los sacrificios del corazon del hombre, debia conquistarlos á fuerza de amor y de sacrificios. El amor atrae el amor, y hay en el fondo del alma humana un instinto generoso que aborrece la ingratitud y agradece el sacrificio. A este instinto se dirije el dogma de la redencion, y por su medio se apoderó del corazon del hombre para dirijirlo luego hácia el amor de Dios. ¡Cuán perfectamente se adapta este dogma á tan elevado fin! ¿Qué amor puede comparársele? Parece que en él quiso Dios asaltar por medio de su amor á todas las criaturas, y apoderarse así de todos los corazones. Buscad, entre todos los grandes sacrificios que pueden haber inspirado las diferentes afecciones de la naturaleza, algo que se parezca al sacrificio de la cruz. Su prodigio es tan grande que parece favorecer á la incredulidad presentándose como una locura; pero la locura de la cruz es la locura del amor, locura que es en Dios sabiduría, porque tal debe ser la manifestacion del amor *infinito*, que nos parezca insensato, es decir, escesivo comparándolo con el nuestro. Ecsaminemos todos sus caracteres: ¡Qué abnegacion! ¿Qué necesidad tenia del corazon del hombre todo un Dios, que es la misma felicidad?—¡Qué generosidad! El, la santidad y la justicia misma, se anticipa y marcha delante de su criatura culpable, cargada de infidelidades, manchada y afeada por el pecado.—¡Qué desinterés! Deja las delicias de la vida eterna para revestirse de esta naturaleza culpable y aflijida, y se disfraza, por decirlo así, de hombre para poder llegar hasta el hombre, para poder obrar como hombre una impresion que no puede obrar como Dios; y para poder seducir en cierto modo el corazon del hombre valiéndose de atractivos humanos.—En fin, ¡qué amor! En este estado carga sobre sí todos nuestros crímenes, y se somete como hombre á todos los castigos que hubiera podido imponernos como Dios; acepta el papel de culpable, nada deja á su infiel criatura de sus culpas, las toma todas sobre su persona, y no se las hace sentir sino expiándolas. Y ¡qué expiacion! ¡cuán perfecta idea nos da de nuestra infidelidad y de nuestro amor! Si hubiese Dios perdonado de otra manera que en la cruz, ¿quién hubiera podido calcular nunca la gravedad de la ofensa y la grandeza del perdon! En la cruz nos fué revelado todo de una manera indudable; la violacion de la ley habia atraido sobre nuestras cabezas los golpes de una justicia inecsorable que los habia de sufrir eternamente: ¡qué bondad mas inmensa que la que en estado tan deplorable nos perdona la ofensa! Pero sobre todo, ¡qué amor aquel, que no pudiendo perdonar la ofensa sin castigarla, la castiga en sí mismo, se hiere para curarnos, nada se perdona á sí para perdonárnoslo todo á nosotros, se inmola por nuestra salvacion y se deja clavar en la cruz para clavar al mismo tiempo en ella la credencial de nuestra libertad, y que en este horrible estado, trasladado desde las alturas de la naturaleza divina á los últimos aniquilamientos de la naturaleza humana, descansa de algun modo en su sacrificio, y nos dice con una dulzura inesplicable: "Mis delicias se cifran en habitar con los hijos de los hombres."—"He deseado con grande ansia poder comer con vosotros esta pascua...." ¡Esta pascua, de la cual era él mismo el cordero!!!

Ahora preguntarémos á las almas mas amables: ¿quién pudo jamas inventar ni concebir semejante idea del amor? ¿No se convierte esta figura tan tranquila, de un hombre ajusticiado sobre una cruz, en el objeto mas seductor y mas irresistible para el corazon? Figuraos un padre que muere por salvar los dias de su hijo, ó un amigo que sustituye á su amigo en el suplicio que le estaba reservado: cuanto mas desfigurada esté la preciosa víctima por el dolor y la muerte, mas embellecida será por el amor y el reconocimiento; no habrá en toda la naturaleza cosa mas hermosa que ese dulce objeto; sepultarse con él parecerá preferible á brillar sobre el primer trono del universo, y saldrán torrentes de amor de la deformidad, ó mas bien de la suprema belleza del desinterés, del sacrificio y del amor. Del centro de esta belleza, y rodeada de ella resplandece la cruz de Jesucristo, y por su medio seduce y encadena al corazonn del hombre (1).

(1) Predicando un dia el cardenal de Cheverus en un auditorio de protestantes, sobre la adoracion de la cruz, hizo la siguiente comparacion que dejó pasmado á su auditorio:—"Su-

Observad como de paso toda la sencillez y toda la fecundidad de este medio (pues estos dos caracteres se encuentran siempre en el cristianismo lo mismo que en la naturaleza, y descubren visiblemente en todas partes la accion de la misma mano): —Jesucristo murió por todos los hombres y por cada uno de ellos en particular. Cada uno puede ver y distinguir su individualidad en la generalidad de aquel sacrificio. Por su medio se establece una relacion directa y un comercio íntimo de gratitud y de amor entre cada uno de nosotros y la víctima suprema que con todo el ascendiente y todo el poder de su desinteres, concentrado sobre nosotros solos, nos sitia y nos persigue, diciéndonos: "Amame co-"mo yo te amé; yo, que morí por tí."—Hay mas: Jesucristo no murió por los hombres sino á causa de sus *pecados*, de los pecados de cada uno de nosotros, de los pecados que todos los dias cometemos, de los pecados que cometerémos aún; de manera que siendo infieles á tan grande amor, no solo somos monstruos de ingratitud, sino que nos convertimos en verdugos suyos y lo crucificamos. Cada pecado es ensangrentado, por decirlo así, con la misma sangre que corrió sobre la cruz, y la hace correr de nuevo, ó á lo menos nos hace entrar retroactivamente y con mas facilidad en las causas y dolores de su suplicio. ¡Qué poder mas ingenioso del amor que el que perpetúa é individualiza el sacrificio del Calvario; que se adhiere tan fuertemente al corazon del hombre para contenerlo y escitarlo por medio de los mas imperiosos instintos de su naturaleza, esto es, por la compasion, la gratitud y la generosidad; que afea los placeres del vicio con toda la enormidad del mal y del odio, y que reanima el sentimiento del deber con todos los fuegos del amor!

La belleza ideal y el amor imaginario que adoraba Platon se encarnaron y realizaron en la cima del Calvario; y mas perfectos y mas adorables que no parecieron nunca al filósofo en sus meditaciones, se hicieron despues visibles; y se colocaron al alcance de la generalidad de los hombres, dándose á conocer hasta á los mas rudos. De aquí ha resultado sobre la tierra un sentimiento nuevo: el amor de Dios, que no solamente desaloja del corazon del hombre todos los amores corrompidos que lo degradan, sino que encontrando estrecho este mismo corazon, lo dilata inmensamente hasta darle la misma capacidad del corazon de Dios, y hacerle obrar una multitud de prodigios. Con este amor descendió el espíritu de sacrificio de lo alto de la cruz; ¡la cruz! tipo sublime del sacrificio del individuo á la generalidad; principio del deber, del órden, de la unidad, de la paz, de la felicidad verdadera; fundamento perdido y nuevamente descubierto del mundo moral, que hace de cada cristiano un hombre de sacrificio, un Hombre-Dios crucificado, pero crucificado por el amor que endulza todos los sacrificios, ó mas bien que los hace amar, porque se nutre de ellos.

Animados por este sentimiento, ya no os parecerá la moral evangélica demasiado rigurosa. Todas sus asperezas y sus horrores se convierten en dulzuras y delicias, y el hombre tan negligente para el bien, va corriendo por los caminos de la mas elevada perfeccion (1).

"Mi vida, esclama San Pablo, es el Cristo.—Vi-"vo, no yo, sino Jesucristo en mí.—¿Quién me se-"parará de la caridad de Jesucristo? ¿La tribula-"cion? la angustia? el hambre? la desnudez? los pe-"ligros? la persecucion? la muerte?.... No, nada "podrá separarme de la caridad de Dios, que es la "de Cristo Jesus nuestro Señor (2)."

"La muerte y la pasion de nuestro Señor, dice "el bueno é ingénuo San Francisco de Sales, es el "motivo mas dulce y mas fuerte que puede animar "nuestros corazones. El Calvario es el monte de "los amantes. Cualquier amor que no tiene su orí-"gen en la pasion del Salvador, es frágil y peligro-"so (3). O amar, ó morir; morir y amar. Morir "á todo otro amor para vivir solo en el de Jesus. "Los hijos de la cruz se glorían y se gozan en su "admirable problema, que el mundo no puede re-"solver porque no lo comprende (4)."—Efectivamente, el mundo, es decir, los que permanecen fuera de las inspiraciones de la fé cristiana, no comprenden este amor, pero no pueden negar su ecsistencia en el corazon de todos los verdaderos cristianos, porque sus efectos están demasiado manifiestos. En este foco divino se enciende la caridad que es el amor de Dios dirijido á los hombres. En él se inflamaban los corazones de tantos héroes, de

"pongamos, decia, que hay un hombre tan generoso, que vien-"do á uno de vosotros espuesto á sucumbir en manos de su ene-"migo, se arroja entre él y el asesino, y le salva la vida con su "muerte. Un pintor, conmovido por semejante rasgo de he-"roismo, hace el retrato de aquel hombre tan generoso, y se lo "presenta cubierto de llagas y bañado en sangre al salvado. "¿Qué hará este entonces? Lo abrazará con amor y reconoci-"miento, lo besará, lo regará con lágrimas, y su corazon espe-"rimentará las mas violentas impresiones. Hermanos mios, es-"te es el dogma católico de la cruz: sobre él no debe el enten-"dimiento discutir; solo el corazon puede sentir todo lo que es "capaz de inspirarle la imágen de su Dios, muerto por salvarle "la vida." A estas palabras, añade el historiador, todo el auditorio se conmovió, el predicador tomó el crucifijo, y los protestantes, olvidando sus áridas doctrinas, se acercaron con lágrimas y compuncion á besar la cruz del Salvador. (*Vida del cardenal de Cheverus.*)

(1) "Jesucristo no promete á sus discípulos mas que males "presentes y sensibles, penas, tormentos, cruces.... Estos son "los atractivos que les ofrece para llamarlos á su ministerio, y "sin embargo llega á persuadirles, aun valiéndose de todo lo "que mas podia repugnarles. La doctrina de los sufrimientos "es en sus labios encantadora: prescribe el género de vida mas "contrario á la humanidad, y no obstante es obedecida. Nun-"ca usó ningun príncipe, ningun legislador ni ningun filósofo se-"mejante lenguaje, ó si lo usó, no se hizo seguir con él de la "multitud. Jesucristo hablaba al corazon, cuyo mecanismo aque-"llos no conocian." (*Reflecsiones várias sobre Jesucristo* t. XV.) —Esta hermosa reflecsion de d'Aguesseau nos trae á la memoria la que decia Napoleon á sus últimos amigos, cuando estaba cautivo en Santa Elena: "¿Quién se interesa en la actualidad "decia, por Alejandro ni por César? Conmovieron el mundo de "su época, y no dejaron á la posteridad mas que su tumba. Yo "mismo, añadia, que soy todavia el objeto de vuestra fidelidad, "¿qué habré hecho? Conmigo y con vosotros, y á lo mas con el "último de mis valientes, se estinguirá ese entusiasmo que ins-"piré durante mi vida. ¡En qué consiste que el imperio de Je-"sucristo dura hace diez y ocho siglos en los corazones, y que "por su nombre han muerto, mueren y morirán aun tantos mi-"llones de mártires? Consiste en que nosotros hemos asentado "nuestro poder sobre la fuerza y el temor, y que el suyo des-"cansa sobre la persuasion y el amor."

(2) *Epist. ad Rom.*

(3) "Los que no hayan sido nunca devotos, no pueden cono-"cer bien lo que es la ternura del alma." (*Pensamientos de Joubert*, t. I.)

(4) *Tratado del amor de Dios*, capítulo último.

tantos apóstoles y de tantos santos, cuyos nombres son el mas bello patrimonio de la humanidad: los Pablos, los Agustinos, los Borromeos, los Franciscos de Sales, los Vicentes de Paul, los Cheverus etc. Él es el que conduce á las mas lejanas playas á tantos de nuestros conciudadanos que abandonan las dulzuras de la civilizacion para ir á llevar su antorcha, juntamente con la de la fé, al seno de los pueblos mas salvajes, sin otro interes que el de *ganar almas*, como ellos dicen, *para Jesucristo*, y sin otra perspectiva que las privaciones, las persecuciones, y á veces los martirios y la muerte. Este amor, en fin, es el que se pintó tan admirablemente á sí mismo en este hermoso pasaje de la *Imitacion de Jesucristo*, el himno mas sublime que haya podido jamas inspirar el amor.

"Gran cosa es el amor, bien soberanamente gran-
"de: él solo hace ligero todo lo pesado, y lleva con
"igualdad todo lo desigual.

"Lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabro-
"so todo lo amargo.

"El amor es generoso, nos anima á hacer grandes cosas, y nos mueve á desear siempre lo mas
"perfecto.

"El amor quiere estar en lo mas alto y no ser
"detenido de ninguna cosa ínfima.

"El amor quiere ser libre y ajeno á toda aficion
"mundana, porque no se impida su interior vista ni
"se embarace en ocupaciones de provecho tempo-
"ral, ó caiga por algun daño.

"No hay cosa mas dulce que el amor, nada mas
"fuerte, nada mas alto, nada mas ancho, nada mas
"alegre, nada mas lleno ni mejor en el cielo ni en
"la tierra, porque el amor nació de Dios, y no pue-
"de aquietarse con todo lo criado, sino con el mis-
"mo Dios.

"El que ama, vuela, corre y se alegra, y es libre
"en todo.

"Todo lo da por todo, y todo lo tiene en todo;
"porque descansa en un bien superior á las demas
"cosas, del cual mana y procede todo bien.

"El amor no siente la carga, ni hace caso de los
"trabajos; desea mas de lo que puede; no se queja
"que le manden lo imposible, porque cree que to-
"do lo puede y le conviene.

"Pues para todo es bueno, y muchas cosas eje-
"cuta y pone por obra, en las cuales el que no ama
"desfallece y cae.

"El amor siempre vela, y durmiendo no duerme.

"Fatigado no se cansa, angustiado no se angus-
"tia, espantado no se espanta; sino, como viva lla-
"ma y ardiente luz, sube á lo alto y se remonta
"con seguridad.

"Si alguno ama, conoce lo que dice esta voz:

"Grande clamor es en los oidos de Dios el abra-
"sado afecto del alma, que dice: Dios mio, amor
"mio, tú todo mio, y yo todo tuyo.

"Dilátame en el amor, para que aprenda á gus-
"tar, con delicia interior del corazon, cuán suave
"es amar y derretirse y nadar en el amor."

Aunque no se haya gustado nunca el amor divino, seria menester no haber esperimentado ninguna especie de amor para no reconocer en estas palabras ese fuego del cielo que está en todos los corazones, y al cual no falta mas que un objeto digno de él para desarrollarse y obrar prodigios.

Este es el sentimiento que el dogma de la cruz vino á encender sobre la tierra, apartándolo del seno de los objetos creados y del egoismo en que se hallaba sepultado, para volverlo á dirijir hácia su principio y hacerle encontrar toda su pureza é intensidad.

Como aquel espejo de Arquimedes que, reuniendo en su foco los rayos de fuego del espacio celeste, los volvia á enviar á lo lejos sobre los mares, é incendiaba á gran distancia las escuadras enemigas, de la misma manera podemos decir que el corazon del Hombre-Dios despidió desde lo alto de la cruz sobre el mundo las llamas del divino amor, y abrasó toda la tierra.

IV. Este asunto es inagotable; pero, por temor de parecer demasiado estensos, no debemos ser infieles á la verdad que ecsije de nosotros toda esta detencion.

Hasta aquí solo hemos considerado el dogma de la redencion en las relaciones del hombre con Dios, y nos falta ecsaminarlo en las relaciones del hombre con el hombre. Nos fijaremos tan solo en los puntos generales.

Todavía vamos á admirar la fecunda sencillez de esa economía de la sabiduría de Dios, que por unos mismos medios se dirije á fines muy diversos.

El dogma de la fraternidad humana habia desaparecido de la faz de la tierra; habia perecido, como antes dijimos, en el naufragio del dogma de la unidad de Dios, que es su base, y la humanidad se hallaba fraccionada en infinidad de razas ó nacionalidades enemigas. Socialmente hablando, nada habia de comun entre el griego y el bárbaro, el libre y el esclavo, el hombre y la mujer, el dios César y el pobre plebeyo. Por todas partes estaba entronizada la guerra, guerra sorda é implacable: en las fronteras, en las provincias, en el foro, en el circo, en el taller y en el hogar doméstico, la fuerza era el único regulador del mundo, y el hierro, el puñal de Bruto ó de Caton era la única espresion del derecho y de la libertad.

¿Quién podrá destruir todas esas cadenas, ni igualar todas esas desigualdades, hacer latir en todos esos pechos un mismo corazon, levantar la señal del suplicio del esclavo y colocarla sobre la corona de los Césares, y obligar al César á humillarse hasta lavar los piés del último plebeyo? ¿Quién hará ir las delicadas vírgenes á vendar las llagas del gladiador con mas complacencia con que iban al circo á dar la señal de su muerte? ¿Quién hará del bárbaro, perdido en los confines del mundo y de la civilizacion, el hermano y el amigo del filósofo y del patricio, hasta obligarle á abandonar los placeres del Pórtico y los honores del Senado, para ir á tierras lejanas y bajo un cielo enemigo á derramar la verdad con su sangre? ¿Quién podrá obrar todos estos prodigios? Quién podrá obrarlos sin el aliciente del interés, y sin los aucsilios de la fuerza, por solo la persuasion y el amor?

La cruz de Jesucristo.

1º Ella sola ha abatido el orgullo, destruido toda clase de poderes, desvanecido todas las quimeras de nuestras distinciones, convirtiéndonos á todos en grandes culpables, haciendo pesar sobre el mundo el gran nivel de la justicia de Dios, y volviendo á recopilar toda la humanidad en un solo hombre, desnudo y muerto en una cruz!

¡Cuán elocuente es esta cruz, considerada como espresion de nuestra culpable igualdad! Con su desnudez deja desnudos á los ricos; con su ignominia humilla á los grandes, y con su debilidad aterra á los opresores. El que está clavado en ella es en efecto el representante de la humanidad sin escepcion. Es el hombre. Cada hombre se halla, por decirlo así, pendiente en efigie de la cruz. Cuanto mas rico, mas elevado, mas poderoso y mas favorecido por los dones de la fortuna, que con tanta frecuencia se cambian en dones del pecado, mas clavado está en ella. Con esta señal en la mano todos los hombres son iguales en miseria y en afrenta, y tal vez los mas elevados son colocados delante de ella en el puesto mas inferior.

2º Pero ¡cosa admirable! el mismo dogma, que humilla y abate de este modo á los grandes, engrandece á los pequeños y á los humildes; porque Jesucristo no es solo el representante de la humanidad culpable y vendida á la justicia de Dios, sino tambien de la humanidad salvada, redimida y divinizada. En la cruz fué engendrada la humanidad á una nueva vida, vida toda divina, y por este medio elevada sobre todas nuestras grandezas ficticias á una grandeza verdadera, cuya gerarquía, al revés de la de la opinion y de la fortuna, está arreglada á la verdad y á la virtud, cuyo tipo es Jesucristo.

¡Qué magnificencia! ¡Cuán pálida es la púrpura de los grandes de la tierra comparada con la sangre de un Dios! Si el Dios salvador hubiese muerto por tal porcion de la humanidad con preferencia á tal otra, por una raza determinada ó por una familia en particular, ¡qué motivo tan grande no tendria esta raza ó familia priviligiada para creerse superior al resto de los hombres! Pero no hay nada de esto: Dios murió por todos los hombres sin distincion; y el griego y el bárbaro, y el señor y el esclavo, y el judío y el gentil, todos fueron redimidos, todos emancipados, todos ennoblecidos sobre la cruz. Cada hombre sin escepcion, solo por ser hombre rescatado por un Dios, descendiente de Jesucristo, en una palabra, solo por ser cristiano tiene en la cruz un título de nobleza que borra todos los demás, y que, inspirándole sentimientos de la mas alta dignidad, no puede convertirse en causa ni orígen de ninguna clase de orgullo y de ninguna especie de tiranía, porque va inseparablemente unido al título de su degradacion original, y porque es comun á todos.

Y como para adquirir y conservar este título es preciso identificarse todo lo posible con el estado de Jesucristo en la cruz, los mas pobres, los mas desgraciados y desvalidos segun el mundo, se convierten en los mas ricos, los mas grandes y los mas poderosos segun Dios. Por este título nos vemos obligados á juntarnos y honrarnos unos á otros en razon inversa de estos mismos bienes, de estas mismas distinciones que nos tienen divididos, y que desacreditadas por semejante oposicion, se distribuyen entonces mas fácilmente por las manos de la caridad entre los hombres, los cuales se hallan de este modo reunidos y confortados en el órden temporal y espiritual por el pan del alma y por el del cuerpo.

Hé aquí la grande igualdad cristiana obrada por la cruz de Jesucristo, verdadero lecho de Procusto, en el cual se nivelan todas las distinciones del orgullo humano, y que reduce los dioses de la tierra á las proporciones del hombre, da á los pobres y desvalidos las proporciones de Dios, y hace de todos por medio de la caridad un solo Hombre-Dios.

3.º Pero el gran vínculo con que la cruz de Jesucristo volvió á enlazar á todos los hombres es el del divino amor.

Jesucristo, amándonos á todos con un mismo amor sobre la cruz, y dando en ella su vida igualmente por todos, nos asoció recíprocamente, y nos confundió en este amor y en esta vida como los miembros de un mismo cuerpo; de manera, que todos respiramos en Jesucristo sobre la cruz, como respira él en cada uno de nosotros sobre la tierra. Por este medio se convierten los hombres unos respecto de otros en verdaderos hermanos, en imájenes vivas de un mismo Dios, en objetos iguales de un mismo amor, sustituidos en todos los derechos y en todas las obligaciones de este amor, debiendo amarse como Dios los amó, satisfacer los unos por los otros la deuda infinita que todos deben al libertador comun, y continuar entre sí la obra de la redencion, sacrificándose cada cual por la felicidad y la salvacion de sus hermanos (1). De tal manera, que el mismo amor que nos une á Dios sobre la cruz nos une á nuestros hermanos; que la misma fuerza que nos atrae hácia ella nos aprocsima y reconcentra en la misma, como los rayos de un mismo círculo, pero de *un círculo cuyo centro estaria en todas partes, y la circunferencia en ninguna.*

Tal es, en efecto, la caridad cristiana, la caridad que conserva el mismo nombre en el lenguaje evangélico, ya descienda de Dios al hombre, ó ya vuelva del hombre á Dios, ó ya por fin se dirija del hombre al hombre, porque todos los hombres componen uno solo en Jesucristo, del mismo modo que Jesucristo es uno mismo con Dios; y así la espresion mas elevada de la unidad es la caridad, que á su vez encuentra su mas alta espresion en la cruz de Jesucristo, centro comun del cielo y de la tierra.

Aquí damos fin á nuestros *Estudios* sobre el dogma de la redencion. Sin duda parecerán insuficientes é incompletos, si se atiende á la profundidad y riqueza de un asunto que ninguna lengua hu-

(1) "En esto conocimos la caridad de Dios, en que puso su
"vida por nosotros; y nosotros debemos poner nuestra vida por
"los hermanos. El que tuviere riquezas de este mundo, y vie-
"re á su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas,
¿cómo está la caridad de Dios en él?" (*Epist.* 1.ª *de* S. *Juan*, cap. 3, v. 16, 17.)

mana podrá jamás tratar dignamente, y que es mas propio para meditarlo que para disertar sobre él. El lector puede sacar de este tratado lo que mas se adapte á sus miras y sentimientos particulares, y asimilárselo, desenvolviendo por sus propias reflecsiones los gérmenes que en él hemos depositado. Pero de cualquier modo que se le considere, y bajo cualesquier aspecto que se le estudie, se debe necesariamente, á nuestro parecer, venir á parar á esta conviccion comun, esto es: que la naturaleza no puede probar mejor que el cristianismo la ecsistencia de Dios, y en particular, que nada mejor que el dogma de la redencion puede probar la divinidad de Jesucristo. Solamente Dios podia conocer tan bien el corazon humano para acertar á prescribir la única medicina que sus enfermedades requerian. Solo Dios podia haber conservado el secreto de nuestra naturaleza hasta el estremo de que el remedio que nos ofreció estuviese á la vez tan en contradiccion aparente y tan en armonía real con nuestra constitucion original, así como tan fuera de las concepciones humanas, no solamente por su profunda sabiduría, sino tambien por su locura esterior; porque la locura de la cruz es tal, que no podia caber en cabeza humana, y ella sola establece entre su autor y el espíritu humano un espacio insuperable, en medio del cual viene á surjir este dilema: ó la razon humana cuando apareció el cristianismo era buena y sábia, y entonces Jesucristo no merece el nombre de hombre, tan insensata es su concepcion; ó la razon humana estaba descarriada y pervertida, y debe por consiguiente su curacion á Jesucristo, en cuyo caso necesariamente Jesucristo es Dios; porque aquel que se habia librado del naufragio de la razon humana, y que tan fielmente habia guardado su depósito, no puede ser sino el principio mismo de esta razon. Es pues un hecho, cuya manifestacion ha ido creciendo por espacio de diez y ocho siglos, y que en el dia ha llegado ya á su colmo, que el espíritu humano se hallaba, á la venida de Jesucristo, en el último parasismo de la corrupcion y del error, y que bajo la influencia del principio cristiano fué recobrando poco á poco la razon y la verdad, y ha ido siempre engrandeciéndose y marchando, en las reformas que se dirijen sin interrupcion y al través de los sacudimientos mas violentos, á la mas ilimitada perfeccion. Jesucristo pues es Dios. Es Dios, lo mismo que el autor de la naturaleza, porque, como él, creó un mundo y lo conserva. Es Dios, porque nos amó hasta la muerte, y por esta muerte nos dió la vida. Es Dios, porque por una obra que le pertenece tan esclusivamente, que le valió el vivir en el destierro de la humanidad, salvó á esta humanidad. Es Dios, en fin, porque en esta obra tan despreciada desplegó y concilió á la vez con un arte enteramente divino la santidad, la justicia, el amor, la sabiduría y el poder mas infinitos, todo el carácter de Dios, en una palabra, y lo puso en relacion con la oscuridad y degradacion en que se hallaba envuelto el carácter del hombre, hasta regenerarlo enteramente, y hacer brillar en él las virtudes, las luces y las esperanzas desconocidas aun en la tierra.

"Es sin duda maravilloso que este misterio de "piedad, que se manifestó en la carne, haya sido "justificado por el espíritu, revelado á los ángeles, "predicado á las naciones, creido en el mundo, re-"cibido en la gloria (1)."

CAPITULO XI.

La Trinidad.

I. Para ser buen cristiano no se necesita ser gran teólogo. El teólogo mas consumado no conoce mas verdades esenciales á la salvacion que el mas humilde fiel con su catecismo; solo que, depositario aquel de la doctrina, se halla en mejor disposicion para defenderse contra los ataques del error.

Pero esta alta mision de la teología debe ostentarse mas particularmente en las cátedras destinadas á la enseñanza sacerdotal, de modo que no deja de tener inconvenientes el que se hable de ella desde los púlpitos en nuestras iglesias.

Nos esplicaremos:

Si los dogmas cristianos, y en particular el de la Trinidad, son con frecuencia considerados como redundancias y enigmas propuestos á la razon humana, ó como abstracciones sin gusto y sin fruto, es porque ecsisten dos causas en apariencia contradictorias que producen este resultado: la ignorancia que no quiere admitir nada, y la ciencia que todo quiere esplicarlo.

Hay en efecto una ignorancia, hija de la indiferencia, que tiene á un gran número de cristianos, que esteriormente parecen dotados de buena fé, apartados de la doctrina evangélica hasta dejarles ignorar su letra y obligarles á resignarse con la deplorable preocupacion de que por lo mismo que esta doctrina se compone de misterios, debe aceptársela sin raciocinio y sin ecsámen, y que la fé consiste en una disposicion ciega á creerlo todo en globo sin saber lo que se cree, cuando es todo lo contrario, pues la regeneracion que ella produce solo puede introducirse en el corazon por medio de la meditacion y de la penetracion de las verdades cristianas, y por su accion familiar sobre el espíritu.

Ecsiste además un abuso de escolasticismo, que algunas veces convierte los dogmas cristianos, considerados en sí mismos, en objeto de disertaciones demasiado profundas, demasiado aisladas, y que no conservan su enlace recíproco y general; que á fuerza de sutilezas los hacen mas ininteligibles, los separan de su natural acompañamiento para formar con ellos una cosa aparte, en la que la ciencia y la imaginacion se espacian dejando muy atrás el corazon, la vida, y esa razon práctica, que es la primera garantía de la verdad: disertaciones, en fin, que sacrifican la fisiología de la Religion á su economía.

Los dogmas cristianos no son incomprensibles mas que en un sentido. Presentan como dos faces: una por parte de Dios, el *cómo* del misterio: *¿cómo* puede un Dios hacerse hombre? *¿cómo* puede morir?

(1) San Pablo, *Epist. ad Thimot.*

¿cómo puede ser único en tres personas? &c. ¡Misterio!!! La otra faz es por parte del hombre, el *por qué* del misterio: *¿por qué* se hizo Dios hombre? *¿por qué* murió? *¿por qué* nos manifestó sus tres personas? Hé aquí lo que es comprensible, claro, inagotable en riquezas intelectuales y en fecundidad moral; y la luz que por este lado brilla es para nosotros una prenda de la verdad que en la tierra no comprendemos, y que se oculta á nuestras miradas por el lado del misterio que únicamente se refiere á Dios.

Por otra parte los misterios cristianos se esplican recíprocamente, y se eslabonan y ajustan entre sí para llegar por fin á adaptarse á la moral y fecundarla, hasta hacer del conjunto del cristianismo un todo armónico, que produce muy mal efecto si se pierde de vista el enlace que lo constituye, y se separan los elementos de que se compone.

La Religion es una ciencia eminentemente práctica: todo lo puramente especulativo debió separarse de ella, no solo como inútil, sino tambien como contrario. Lo que en una obra hay de mas, prueba poca inteligencia de parte del autor, lo mismo que lo que hay de menos. En este sentido, el cristianismo revela una sabiduría muy profunda, no permitiendo al espíritu humano la comprension de los misterios en sí mismos, que no conduciria mas que á ecsaltarlo y ensoberbecerlo sin santificarlo; y reservando esta comprension para la sola práctica, á fin de que, por medio del contraste, nos hiera mas del lado especulativo y tenebroso.

Bajo este punto de vista, la sobriedad y ecsactitud de la doctrina cristiana son admirables: nada se conoce en ella de inútil ni supérfluo. Todos esos misterios, que se representa la incredulidad como sobrecargas y redundancias, se hallan combinados de la manera mas económica para la obra de la salvacion humana. En ellos se manifiesta la Divinidad hasta oficiosa y llena de miramientos con la razon, y ésta adquiere la revelacion de las verdades divinas en la justa proporcion de sus necesidades morales; de modo que en el mismo punto, donde se acaba la relacion moral, termina tambien la obligacion de la fé.

Aplicando pues estos principios al dogma de la Trinidad, ¿quién creeria que el destino de este dogma, que parece el mas repugnante á la razon, es aligerar el peso de todos los demás y ponérnoslos en evidencia para que podamos comprenderlos mejor?

Hemos visto ya que el plan del cristianismo consiste en restaurar al hombre degenerado, volviéndolo á que sea lo que fué al principio, la imájen de Dios, poniendo á este efecto el carácter de la Divinidad en contacto con el suyo.

El dogma esencial por cuyo medio nos es revelado este carácter de la Divinidad y se ajusta al nuestro, como un molde vivo segun el cual debemos reformarnos, es el dogma de la redencion.

En él da el cristianismo una forma palpable, hasta cierto punto, á los sublimes atributos de la Divinidad, sin hacerlos perder nada de su infinidad, y apropia á los sentimientos de la naturaleza humana estos mismos atributos que escitan la admiracion y la alabanza de los ángeles en el cielo, hasta tal grado, que el hombre sabe tanto como el querubin, cuán santo, justo, misericordioso, sabio y poderoso es Dios, y que la cruz de Jesucristo, donde resplandecen estos atributos de la Divinidad, es igualmente adorada en el cielo, la tierra y los infiernos.

Pues bien, este dogma tan esencial, que es el centro del cristianismo, seria completamente incomprensible para nosotros sin el misterio de la Trinidad.

¿Cómo podriamos conocer hasta qué punto es necesario el misterio de la redencion, si de antemano no supiéramos que hay en Dios tres personas: una que ecsije, otra que satisface, y otra que, como verémos luego, derrama sobre nosotros los frutos de esta satisfaccion? Era absolutamente necesario que hubiese tres actores en ese gran drama cuyo desenlace contenia la salvacion del género humano, y lo era asimismo que los tres fuesen *infinitos*, y por consiguiente que no formasen mas que *uno*, porque no puede haber mas que *un infinito*. Sin la ecsistencia de tres personas en Dios, hubiera sido imposible la redencion de la humanidad por la cruz de Jesucristo; y sin la nocion de este misterio, nuestra inteligencia no la hubiera comprendido, y por consiguiente ninguna relacion moral hubiera tenido con nuestro corazon; de manera, que puede decirse que el dogma de la redencion, el mas familiar de todos ellos, seria, sin el misterio de la Trinidad, mas inconcebible que este mismo misterio. El misterio de la Trinidad es en la doctrina cristiana lo que los primeros principios en las ciencias ecsactas, indemostrable en sí mismo, pero fundamento y raiz del dogma de nuestra justificacion, y este es en efecto el carácter que le imprimió el concilio de Trento: *Initium et radix totius justificationis nostrae.*

En sí mismo el misterio de la Trinidad carece de influencia moral. ¿Qué virtud, qué santificacion nos resultaria de la pura consideracion de un Dios en tres personas? Ninguna, ó casi ninguna (1). Ademas es, si nos atrevemos á decirlo, engañarse peligrosamente hacer de este misterio el objeto de una disertacion especial, á menos que sea para fijar sus nociones y conservar teológicamente su doctrina. No debemos llamar hácia él la atencion de los fieles de una manera demasiado aislada y especulativa, porque nos espondriamos á convertir la doctrina cristiana en abstracciones estériles para los creyentes, escandalosas para los incrédulos y siempre contrarias al verdadero espíritu del cristianismo, que tiende en todas sus cosas á la práctica y á la moralizacion (2).

(1) Nos reservamos para mas adelante modificar esta opinion, aunque todo servirá para confirmarnos mas en su generalidad.

(2) Por otra parte, aquí no hacemos mas que repetir la leccion dada por el concilio de Trento:—"Pero como nada hay mas "espuesto que querer penetrar cosas tan sublimes y dificiles, ni "mas peligroso que equivocarse queriéndolas esplicar, procura-"rán los pastores hacer entender á los fieles que deben retener "con mucho cuidado las palabras *esencia* y *persona*, consagra-"das á la esplicacion propia de este misterio, y recordar que la "unidad está en la *esencia* y la distincion en las *personas;* pero "que deben evitar el engolfarse en otras investigaciones sutiles